

ASUNTOS EXTRAÑOS

Chicago, 1930.

El hombre, tras el tercer intento, sacó del interior de su chaqueta barata la extraña vasija con la que había embelesado a la guapa mujer de cabello rubio que tenía justo a su lado, riéndose a carcajadas provocadas más por el alcohol que por la situación. Detuvo las risas al observar de nuevo aquel chisme del que tanto hablaba su acompañante, un objeto que, sin duda, les haría ganar mucho dinero.

—Sujétamelo mientras busco las llaves —murmuró Larry Winrock. Depositó su valiosa posesión en las delicadas manos del ligue de aquella noche, y siguió cacheándose a sí mismo, una odisea que comenzaba a antojársele bastante pesada.

—¿Qué es esto exactamente, cariño? —quiso saber Melinda.

Larry se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio. Dio varios zapatazos en el suelo de madera; su manera particular de explicar que en el edificio vivía más gente, y que era muy tarde. Varias ratas salieron corriendo hacia otra parte del bloque de apartamentos, asustadas por los fuertes golpes.

—Vamos adentro y te lo cuento todo —respondió finalmente al hallar las ansiadas llaves. Abrió con exagerada dificultad la puerta y

pasó al interior de su vivienda sin permitir que Melinda fuese la primera; los buenos modales nunca habían sido su fuerte.

Un gesto de desagrado se dibujó en los rojos labios de la mujer. Aquel sitio de paredes con la pintura desconchada, el suelo viejo y suciedad en el techo despedía un olor a agrio que no le gustó lo más mínimo. Si no hubiese sido por el negocio que Larry se traía entre manos, ni siquiera hubiera pensado en sentarse a su lado en el bar clandestino donde se habían conocido.

—Estás en tu casa, encanto. —Larry señaló el desvencijado sofá esgrimando una alcoholizada sonrisa—. Yo voy a ponerme cómodo.

Se quitó la chaqueta a la vez que bailaba una extraña danza que debía resultar sensual y atrayente. Melinda se rió por lo ridículo que resultaba, al mismo tiempo que señalaba hacia la puerta del apartamento, aún abierta.

—Joder, nena, podría vernos cualquiera —protestó él. Sus dedos se movieron frenéticamente en dirección a la vasija—. Esconde eso, ¡ya!

Melinda se alzó de hombros. Luego, colocó el chisme a su lado, de tal modo que, desde el pasillo del edificio, nadie lo viera. Una vez se hubo quedado más tranquilo, Larry se dirigió hacia la puerta.

Asomó la cabeza al corredor. Miró a un lado, después al otro, asegurándose de que no hubiese nadie. El silencio más absoluto que jamás le había rodeado nunca le saludó con indiferencia. Aun así, decidió salir del todo al pasillo, por si acaso.

—¿Hay alguien ahí?

Por supuesto, nadie contestó.

De repente, tras él, una de las luces del techo parpadeó. Larry dio un pequeño brinco en su sitio al observar la profunda oscuridad que se había hecho con el corredor durante un breve segundo. En cuanto se tranquilizó, se dio la vuelta, regresó al apartamento y cerró la puerta con llave.

—¿Por dónde íbamos, nena? —preguntó a la mujer. Sus palabras se volvieron a fundir con el tono alegre que sólo el alcohol y la sensación

de haber ganado podían conseguir.

—Me ibas a explicar qué es esto, cuánto vamos a sacar y a quién se lo vas a vender —gruñó Melinda.

Larry suspiró con desánimo. Estaba claro que el sexo se iba a posponer hasta que su invitada tuviera la seguridad de que sacaría un gran beneficio de aquella noche. No era una prostituta, eso lo tenía claro, sino una de esas mujeres que se paseaban por locales clandestinos usando todo lo que tenían a mano para conseguir un vestido nuevo, un collar, un anillo brillante como el sol o, como mínimo, una copa gratis.

Todas eran hermosas, todas eran complacientes, todas esgrimían amplias sonrisas y todas sabían usar sus interminables curvas. El tiempo que pasaban junto a los hombres que elegían era proporcional al dinero y el poder que estos tuviesen.

De repente, Larry Winrock recordó a su madre. Ésta tenía un nombre para aquella clase de mujeres: «Aspiradoras baratas. Una vez han aspirado todo lo que pueden, parecen estropearse».

A él no le importaba estar con una aspiradora barata. Era la primera de su vida; antes de esa noche, jamás había tenido la posibilidad real de lograr las suficientes ganancias para que una se le acercase. Igual podría sacarle a aquel recipiente lo bastante como para que Melinda se quedase con él hasta sentir algo auténtico.

Por primera vez en su vida, Larry veía su penoso futuro con otros ojos.

—¿No te lo conté todo en el bar? —preguntó el hombre. La aspiradora barata le observó intentando averiguar si estaba de broma o, de verdad, no lo recordaba. En pocos segundos llegó a la conclusión de que era lo segundo.

—Bueno, comentaste que ibas a sacar mucho dinero por él, me invitaste a un par de copas y me contaste una extraña historia sobre un robo en un museo... Nada más. Me pareciste un hombre simpático, por eso me acerqué.

Larry, con una sardónica sonrisa en el rostro, se sentó junto a la mujer. Tenía claro que lo que acababa de afirmar no se lo creía ni ella misma.

—Un amigo vino ayer con una buena oferta, ¿conoces el museo Faulkner? —Melinda asintió—. Hace un par de años que lo cerraron, pero en los últimos meses lo están arreglando. Quien lleva a cabo las reformas quiere abrirlo de nuevo. Y así llegamos a este chisme.

Jugueteó con el extraño jarrón entre sus manos. La mujer pasó sus delicados dedos por la superficie del objeto, disfrutando del tacto de una de las franjas doradas que poseía. Observó que lo que parecía la tapadera tenía forma de cabeza de lobo, o algo similar. El resto de la vasija daba la impresión de estar hecho de barro; en un instante, su idea de que aquella cosa podría dar dinero de verdad se desvaneció.

Maldijo no haber inspeccionado mejor el supuesto tesoro de su presa masculina. Al menos, le dejaría terminar la historia; quizás tenía un buen final, algo de lo que pudiera aprovecharse.

—Mi socio planeaba un robo en el museo —prosiguió Larry—. Tenía información de la buena sobre algunos objetos valiosos que habían llegado. Llamó a dos tipos más, nos contó lo que pensaba hacer y no dudamos en apuntarnos. Cuando llegamos allí dejamos dormido a palos a un guardia de seguridad y pudimos entrar en una sala repleta de cachivaches egipcios, o qué sé yo.

Los ojos de Melinda se iluminaron. Había hecho bien en esperar.

—Al principio, nos resultó raro que no hubiera más seguridad pero, ¡qué diablos! Aquel sitio era una especie de tumba. Así que nos lo tomamos como si estuviéramos en casa, con tranquilidad, y buscamos algo con sustancia. Ya me entiendes, nena.

—¿Y sólo encontrasteis esto? —quiso saber la mujer, cada vez más intrigada.

—En realidad, mucho más, pero sólo pudimos llevarnos estos chismes. Hallamos cuatro, uno para cada uno, aunque el tipo que lo organizó todo pilló un collar bastante extraño. ¡Oh! Te habría encantado,

pero él era el jefe, por así decirlo, así que le tocó. Había otra cosa, pero era demasiado pesada para traérnosla. Una especie de ataúd, de oro macizo.

Los blancos dientes de Melinda se mostraron al completo sólo con pensar en lo que Larry acababa de explicar. ¡Un ataúd de oro! Y allí tenía a uno de los hombres que lo había visto en persona.

—Pensamos volver, tranquila, preciosa —afirmó el ladrón al observar el gesto de alegría de la aspiradora barata—. Pero necesitamos el equipo necesario y, de paso, vender estos jarrones. Además, habrán reforzado la seguridad, así que hay que dejar tiempo antes de regresar. No había nada más, aparte de unos cuantos papelazos antiguos, objetos decorativos sin importancia y ropa de aquella época.

—¿Y te darán dinero por eso? —insistió Melinda.

—Según nos dijo el que lo planeó todo, sí. Sabía algo de tema, y me indicó un sitio donde poder venderlo. Tengo que llevárselo mañana a un tal Albert, un tipo gordo y calvo que intenta llevarse bien con todo el mundo, que regenta una casa de empeños dedicada a estas cosas.

Larry alzó la vasija para observar cada centímetro de ella.

—Eso que hay ahí es un chacal —explicó a la mujer.

—Creía que era un lobo.

—Yo también, pero mi amigo me lo explicó.

—¿Y qué tiene de especial un simple jarrón?

—En realidad, es más que eso —continuó Larry—. Se llama vaso... canapé. No, era otra cosa. ¿Conape? No, canope. Se usaban para contener los restos de los difuntos en el Antiguo Egipto.

Melinda dejó en paz el recipiente. En un breve segundo había pasado de parecerle algo hermoso, bello y sensualmente enigmático, a algo asqueroso y repugnante. Larry sujetó con fuerza la vasija, con aire divertido ante la reacción de su acompañante.

—¿Me estás diciendo que eso está lleno de tripas? —La mujer se echó hacia atrás, instintivamente, incluso antes de escuchar la respuesta.

—En realidad, no sé qué contiene este vaso —contestó Larry—, pero dudo mucho que a estas alturas haya algo dentro. —Lo movió un poco al mismo tiempo que pegaba una de sus orejas al objeto; no oyó nada en el interior—. No, no creo que contenga nada asqueroso. Quédate tranquila, muñeca.

El ladrón se aproximó a la aspiradora barata, tratando de que volviera a sentirse segura, aunque no lo iba a tener fácil. No apartaba sus ojos del canope, como si fuese a cobrar vida de un momento a otro y saltar sobre ella, derramando su contenido por todas partes, para su horror.

—¿Y por qué vale tanto? —preguntó Melinda, tratando de desviar la conversación hacia lo que le importaba.

—Pocos vasos de estos han llegado a nuestros días, y menos en tan buenas condiciones. Son algo así como objetos muy codiciados, por eso se suelen mostrar en museos, y chorradas parecidas. Y, ahora, yo tengo uno, por el que me darán mucho dinero. Imagínate lo que podremos sacar por el ataúd.

Melinda dejó que Larry se acercase a ella para besarla. Pensar en todo lo que iba a ganar gracias a aquel tarro que alguna vez había contenido parte de una persona la alegró lo bastante como para ser capaz de decidirse a firmar un acuerdo de cama con Larry. Ella sería su chica, y él compartiría la pasta con ella.

Así iban a ser las cosas. No había más que hablar.

—¿Hay dormitorio en este cuchitril? —quiso saber la mujer mientras abandonaba el sofá.

—Al fondo del pasillo —indicó Larry—. En cuanto tengamos el dinero, nos meteremos en un sitio mejor. A nuestra altura, nena.

—Eso espero. —Melinda hizo pasear la lengua por sus labios, de manera sensual y provocativa—. Voy a ponerme cómoda. Te aviso en cuanto acabe, ¿vale? Creo que te necesitaré para algo muy concreto, cielo.

El ladrón dejó escapar una sonora carcajada. Luego, le guiñó un ojo a aquella aspiradora barata que tanto le encantaba. Se llevó las

manos a la cabeza, dispuesto a comenzar él también a quitarse algo de ropa.

— Nena, ¿y mi sombrero?

— Tú no llevabas sombrero, cielo.

— En cuanto tenga billetes frescos me compraré uno. — Larry se echó hacia atrás en el sofá, mientras escuchaba la puerta de la habitación al cerrarse—. Será el mejor de la tienda. Uno propio de un tipo con clase como yo. No uno de esos baratos que se rompen en cuanto los agarras, sino uno de calidad.

Larry Winrock cerró los ojos, dejándose llevar por sus fantasías. El alcohol, poco a poco, se había ido evaporando de su organismo durante las explicaciones a Melinda pero, incluso hallándose más sobrio que ebrio, su mente estaba ocupada por los mismos pensamientos que cuando el whisky de mala calidad mojaba su gaznate.

Se vio sujetando de la cintura a Melinda, conociéndola plenamente en todos los sentidos, comprándole joyas, medallas, pulseras y vestidos acordes a su atractivo. La hacía sonreír y, sin que ella se diera cuenta, la convertía en una persona feliz, más allá de las riquezas que obraban en su poder. Ella dejaba de ser una aspiradora barata, y evolucionaba en una mujer que sólo tendría ojos para él.

Su imaginación le mostró los elegantes coches en los que podría montar, e incluso no le haría falta conducir, pues pagaría a gente para que lo hiciera por él. Trajes elegantes, cenas y almuerzos en restaurantes caros, alcohol del mejor, ¡qué demonios! Incluso montaría un tugurio clandestino donde vender el mejor whisky de Chicago, sin que la policía oliese que era suyo.

¿Y si terminaba por codearse con lo más alto de la sociedad? Almorzar un buen plato de espagueti con Al Capone sería fabuloso. El cielo era el límite, y todo comenzaba con aquella pequeña vasija que había robado.

Y pensar que le tuvieron que convencer para que participase en el robo.

Abrió los ojos al escuchar un fuerte golpe.

El canope estaba en su regazo. El chacal le observaba con sus fríos ojos sin vida, como si le hubiera estado mirando todo el tiempo, como si le acusase de algún crimen del que aún no sabía nada.

Se había quedado dormido, supuso que unos breves minutos. Le pareció raro que Melinda no le hubiese llamado desde la habitación, ¿o quizás no la había escuchado? Era posible, pero, de ser así, ella tendría que haberle despertado, algo que, evidentemente, no había sucedido.

—¿Nena? —Larry se incorporó, dejando el vaso canope en el sofá, no sin sumo cuidado—. ¡Nena! ¿Estas por ahí?

Encaminó sus pasos hacia el pasillo. Al fondo, pudo ver la puerta cerrada de su habitación. Tras ella, le esperaba una mujer, hermosa, complaciente y desnuda, con toda seguridad. ¿Qué hacía él allí parado haciendo que perdiese el tiempo?

—Nena, espero que ya estés cómoda —dijo el ladrón desabotonándose la camisa conforme avanzaba hacia el dormitorio—. ¿Me tienes preparada una sorpresa? Espero que no hayas entrado en el dulce mundo de los sueños, porque voy a tener que despertarte. Igual te gusta, pero preferiría que no...

Enmudeció. Sentía que estaba hablando solo. Era muy posible que estuviese dormida de verdad. Al fin y al cabo, él, aunque sólo había sido una leve cabezada, no pudo resistir el abrazo de Morfeo.

Al llegar a la puerta la golpeó levemente con los nudillos.

—Nena, voy a entrar, estés presentable o no —canturreó.

De repente, notó algo en sus zapatos. Bajó los ojos, que abrió de golpe al comprobar qué era aquello de color oscuro que manchaba parte del pasillo.

Sangre. Un enorme charco de sangre que salía de la habitación.

A Larry se le atragantó el grito cuando la puerta se abrió. Una figura apareció ante él. Algo desgarrado, antiguo, que olía a muerte y cuyas cuencas vacías le miraban sin ojos.

Algo no humano.

El ladrón, sin dudarle un segundo, salió corriendo hacia la puerta de su apartamento, agradeciendo mentalmente que la oscuridad no le hubiese dejado contemplar por completo qué era aquella cosa.

Alcanzó el pasillo del edificio en unos breves segundos. Una parte de su cerebro, el pedazo que guardaba como un tesoro la poca inteligencia que poseía, le aulló que se volviese y cerrase la puerta con llave, para dejar encerrado al monstruo.

Larry le hizo caso.

Cuando se giró, para seguir corriendo, trastabilló y cayó al suelo pesadamente sobre su brazo izquierdo. El dolor gritó dentro de su organismo, pero ni siquiera así Larry dijo nada; era como si se hubiera quedado mudo al estar frente a aquel ser.

Sus asustados ojos se clavaron en la puerta del apartamento. Oyó pasos al otro lado. Se dispuso a escuchar a la aparición tratando de abrir la puerta, pero sus oídos no captaron nada. Para su sorpresa, todo quedó en un sepulcral silencio.

Entonces, la arena empezó a salir por la cerradura.

Al principio, fueron unos pocos granos. Después, un torrente que formó un montículo frente a sus pies. En cuanto la arena dejó de caer, algo surgió del montón ante la atónita mirada del ladrón, que había quedado totalmente paralizado por el sobrenatural espectáculo.

Al observar la figura que se acababa de materializar desde la arena, Larry Winrock gritó al fin.

Gritó de terror.

Gritó de pánico.

Gritó mientras le arrancaba la piel.

2

Jessica Kramer abrió los ojos no sin esfuerzo. Notó que cada uno de los párpados pesaba tanto como una lápida. Su mano derecha tocó

algo que parecía de cristal. Al girar levemente la cabeza vio que se trataba de una botella vacía de whisky, caída sobre la mesa de su despacho, donde ella se había quedado dormida.

Allí estaba, la responsable de la resaca que estaba sufriendo. Lo peor es que no podría vengarse de ella terminando su contenido, pues estaba desparramado por el resto del escritorio. Lo poco que había dejado de ella, claro.

Oyó algo en el otro extremo de la mesa. Un sonido de succión que venía justo de donde se había formado un pequeño charco de la bebida alcohólica. Un gato de pelo anaranjado y ojos verdosos chupaba los restos de whisky como si le fuera la vida en ello.

—¿Señor J? —masculló Jessica.

El felino se relamió al escucharla, lanzó un leve maullido y continuó con su tarea. La mujer alzó su mano izquierda y la movió frente a la cara del animal, intentando que dejase de alcoholizarse, pero sin conseguirlo. El gato apenas le hizo caso, más allá de apretar un par de veces el hocico contra sus dedos, recibiendo involuntarias caricias.

—No sé cómo has entrado, Señor J, pero te vas de aquí en cuanto...

—Jessica abandonó su improvisada almohada sólo para padecer un intenso mareo. Creyó que alguien le acababa de pegar un puñetazo en plena cabeza.

Tomó aire profundamente. Se llevó las manos hacia la frente, la masajeó y, cuando fue a retirar al gato de la mesa, éste ya no estaba. Giró su cuerpo para comprobar que la ventana del despacho estaba cerrada, y así era. ¿Cómo desaparecía de aquella manera el maldito felino?

—Joder, algún día me lo va a tener que contar —se dijo Jessica a sí misma.

Recordó que su padre, dueño de Investigaciones Kramer, no aguantaba al Señor J. Ya por entonces, cuando se abrió el despacho, el animal entraba en él como si fuese de su propiedad. Al principio, todos creyeron que era uno de los gatos callejeros que se reunían en el callejón

bajo la ventana, en busca de cualquier cosa para comer. Poco a poco, descubrieron que el Señor J era un tipo muy diferente de felino; se podría decir que ellos no le habían elegido a él, sino él a ellos.

¿Se dejaba acariciar? Claro, cuando le apetecía. ¿Era amigable? Mucho, a Jessica siempre le había caído bien porque tenía la sensación de que le encantaba hacer rabiar a su progenitor. ¿Investigaciones Kramer era su hogar? Por supuesto. El Señor J no pertenecía a los callejones, sino a aquel sitio.

Una vez, Jessica intentó hacer cuentas sobre la edad del animal. No le salieron, y no porque fuese torpe. Llegó a pensar que no se trataba del mismo Señor J, sino de otro gato que se le parecía mucho, quizás algún hijo. Preguntarse a sí misma acerca del animal le provocaba más dolores de cabeza que el whisky casero del local clandestino al que solía ir para que se lo sirvieran.

Al final, optó por considerar la presencia del minino tan normal como respirar.

La investigadora privada tuvo que colocar sus manos sobre el escritorio al terminar de levantarse del todo. El mareo era cada vez peor, y sólo había una forma de encubrirlo.

Abrió uno de los cajones de la mesa. Le costó tres intentos conseguirlo; nunca se acordaba de que tenía que arreglarlo, pues solía trabarse. Sacó la petaca llena de *bourbon* y le dio un largo sorbo que le reconfortó la garganta. Cuando terminó, se guardó el recipiente en uno de los bolsillos traseros del pantalón y rodeó la mesa; no se sentía mejor, pero tras aquel buen trago le daba exactamente igual.

Observó el reloj de pared que tenía en el lado derecho del despacho, por encima de tres archivadores cuyo contenido prometía arreglar cada vez que se acercaba a ellos; se le olvidaba en cuanto les daba la espalda. La hora que marcaban las manecillas no tenía sentido para ella; normalmente solía despertar de sus borracheras casi al mediodía, y no eran ni las diez de la mañana.

¿Qué demonios la había despertado? ¿El Señor J? Si hubiera sido

por él, habría exprimido la mesa con su rasposa lengua hasta sacarle todo el whisky.

¿Entonces?

Un par de golpes en la puerta de Investigaciones Kramer centró a Jessica. Había alguien que requería su presencia, y ese alguien la había despertado, sin ninguna duda.

No le extrañó que la figura que la esperaba en el pasillo del edificio fuese la de su tío, Robert Jackman.

—Buenos días, querido tío Bob —gruñó la mujer regresando a su despacho.

—¿Buenos días? —El hombre cerró la puerta tras de sí. Luego, colgó su gabardina marrón y su sombrero del mismo color en una percha de pie comida por el polvo, situada justo al lado de una abandonada mesa—. Algunos llevamos horas disfrutando de estos buenos días.

El agente de policía Robert Jackman dejó el pequeño recibidor en el que se encontraba, cruzó la puerta abierta que conducía al despacho de su sobrina y se santiguó en cuanto vio el desastre que se extendía ante él.

—¿Sabes? Hace un tiempo me habría horrorizado ante lo que veo, pero ahora, sólo me queda pensar que sueles organizar peleas clandestinas todas las noches. —Un gesto de disgusto cruzó su rostro al observar la botella vacía de whisky. Se aproximó al escritorio y la agarró, a la vez que movía la cabeza de lado a lado, de manera negativa.— Ya veo que hay cosas peores.

—No es ilegal consumir alcohol —protestó Jessica apoyada en una de las paredes de la estancia. Notaba que si no se sujetaba a algo, terminaría por darse de bruces con el suelo; de haber estado sola, no le hubiera importado demasiado.

—Ni estar borracha —escupió Robert—. Tienes razón, en realidad, si hilamos fino, no es ilegal beber alcohol en Chicago, pero sí venderlo. Es lo que significa la ley seca, ¿no te han informado?

Jessica bufó. Odiaba el sarcasmo de su tío.

—Quien te lo vendiese, estaba cometiendo un delito, y tu deber, como buena ciudadana, sería señalarle a las autoridades la identidad de esa persona. Y, ¡fíjate! Tienes delante de ti a un agente de policía — prosiguió Robert sin aminorar un ápice su mordacidad—. Quizás lo mejor sea hacer la vista gorda, como las otras veces.

—Entonces mi padre tenía razón con la policía, y está compuesta de corruptos.

Robert Jackman miró a su sobrina como si fuera una delincuente. Lo que acababa de decir le había dolido más que aquella vez que un maleante le apuñaló la pierna izquierda en un descuido. Siempre que veía la cicatriz recordaba no despistarse en su trabajo, por más inocente que pareciera quien tuviese delante. Las palabras de Jessica Kramer le recordaron que podía ser tan hiriente como Jason Kramer, su hermano.

La investigadora privada no se disculpó ante los furiosos ojos de su tío. No, ella estaba más allá de eso. Ni Robert era un santo, ni ella tampoco; y el tema era más grande que una bola de nieve gigante rodando sin control por una ladera inclinada. Inmenso y viejo, así era en realidad, e iba más allá de que su tío se sintiera ofendido, y de que ella dejase pasar una oportunidad como esa para recordárselo.

A modo de punto final para el asunto, Jessica sacó la petaca con *bourbon* y tomó un nuevo sorbo de ella.

—¿No dejas nunca de beber? —preguntó Jackman dispuesto a devolverle el golpe a su altiva sobrina.

—Sólo cuando fumo.

Un nuevo movimiento negativo de cabeza por parte del policía.

—Esta mañana me ha visitado la señora Mildren. Ha ido a la comisaría, mientras yo trabajaba, ¿sabes qué quería?

—¿Es una pregunta trampa? ¿O el principio del sermón de la semana?

—Hoy no va a haber sermón, Jessica —suspiró Robert, aunque no estaba seguro de ello. Si por él fuera, la ataría a un poste y la sermonearía

día y noche hasta que se decidiera a hacer algo más con su vida que beber, fumar, dormir y comer. Y, esto último, cuando se acordaba.

—Es una pena, porque estaba preparándome —respondió la investigadora mostrando la petaca.

—La señora Mildren ha venido a quejarse de ti —prosiguió Robert sin hacer caso a sus provocaciones—. Dice que ayer quedasteis para que te diera el dinero por tu investigación, pero que ni siquiera avisaste de que no irías. Supongo que esta botella explica los motivos.

Jessica, harta de ver cómo su tío movía el recipiente de un lado a otro, se dirigió hacia él, lo cogió y lo arrojó a la papelera del despacho, provocando un sonoro clonc que retumbó en su cabeza acosada por la resaca. Luego, regresó a su sitio junto a la pared; no quería que Robert la viese débil, y menos por el alcohol.

—Supongo que eso me responde —masculló el policía.

—Caroline Mildren es una vieja amargada que vive agobiada porque su marido, más joven y guapo que ella, se pueda ir con cualquier otra mujer —replicó Jessica—. Yo no tengo la culpa de que sea una paranoica que se siente sola a pesar de tenerlo todo.

—Tampoco ella tiene la culpa de que no te tomes tu trabajo en serio. Sólo tenías que seguir a su marido y confirmarle que no tiene ninguna aventura. ¿Has cumplido el trabajo? Pues ve a cobrar. Ahora tendrás que ir a disculparte, además de recoger el dinero.

—Que se lo quede ella. Quizás así sea feliz.

Robert volvió a clavar los ojos en su sobrina con su característica forma. Intentó buscar por algún lado a aquella niña que se colocaba su gorra de policía, demasiado grande para su cabecita. Allí, en aquella mujer grosera, respondona y solitaria, se hallaba la joven que había llegado a policía con una sonrisa, dispuesta a ayudar a la ciudad repleta de esperanza. Sí, seguro que se encontraba en su interior, aunque en una profunda celda, cerrada a cal y canto, con un candado que esperaba la llave oportuna para ser abierto.

Lamentablemente, él no poseía dicha llave.

—No te consigo trabajos para que los desperdicies así —insistió el policía.

—No quiero que me consigas nada. Soy mayorcita.

—Ya lo veo. No se trata sólo de ti, sino de mantener abierto este sitio. Puede ser de ayuda a mucha gente.

—Si tienes problemas de conciencia quédate tú con este estercolero.

Robert suspiró sonoramente. Empezaba a estar harto de aquel comportamiento, viniese o no de su sobrina.

—Si la próxima vez que te dé un caso no cumples, te detengo por lo del alcohol. Podrás consumirlo pero, ya sabes, nadie puede vendértelo, ¿entendido? Si quieres que las cosas sigan este rumbo, tú sabrás, Jessica.

La hija de Jason Kramer no respondió inmediatamente. Las palabras malsonantes se atoraron en su garganta, las empujó hacia el estómago y, tranquilamente, se aproximó a la silla tras el escritorio, se sentó en ella y buscó en uno de los cajones su paquete de tabaco Salem's Light. En cuanto lo encontró tomó un cigarrillo, lo encendió y le dio un par de largas caladas.

—Tú mandas. —Fue su respuesta final.

—Ojalá fuese de otra forma todo esto, Jessica —se quejó Robert.— No quiero que te echas a perder, y lo sabes. Lo peor es que lo sabes. Vales mucho más de lo que crees, y lo último que quiero es que caigas para no levantarte.

—¿Y por qué no? —La respuesta fue un empujón para el policía.— Fíjate en esta ciudad. ¿No te parece que ha caído bastante bajo?

Jessica se levantó de su asiento. Abrió la ventana del despacho, quitando de su camino, de manera escandalosa, la persiana, de la que se derramó una cantidad exagerada de polvo. La luz del sol iluminó la estancia de manera agradable.

—Chicago se cae a pedazos —afirmó Jessica sin ambages—. Tu querida ley seca no ha hecho más que crear más y más delincuencia. Tu adorado Ness no es capaz de sacar la cabeza del culo de Capone mientras la gente normal y corriente se rinde ante la evidencia: el crimen

es el dueño de Chicago. ¡Ah! Y existe eso que los políticos niegan, una depresión que se ceba en los más débiles. ¿Dices que me echo a perder? Es la única forma de sobrevivir en esta ciudad.

Dio un nuevo trago a la petaca de *bourbon* en cuanto terminó el cigarrillo con un par de veloces y profundas caladas.

— Mi padre tenía razón. Hizo bien en largarse.

— Tu padre...

Robert se pensó muy bien lo que iba a decir. Reflexionó en silencio durante unos interminables segundos que a su sobrina le supieron a muy poco.

— Tu padre se largó hace seis años. Ya es hora de que lo superes.

— Lo dice el hombre que se quitó el apellido de la familia.

— Lo dice el hombre que sigue siendo policía —replicó Robert Jackman en su mejor tono de Jessica Kramer—. Ahora, arregla un poco esto. Esta tarde te llamaré para que vayas a casa de la señora Mildren. Con un poco de suerte, para dentro de un par de días tendré algo más para ti.

Robert Jackman salió del despacho, deteniéndose justo en la estancia que debía servir para recibir a las visitas.

— Y podrías contratar a alguien que atienda a los clientes. Al menos así no estarías tan sola.

— ¿Y quién te dice que estoy sola?

— Ese gato que tiene este sitio por casa no cuenta.

El policía salió de Investigaciones Kramer con la surrealista sensación de que, en pocos días, tendría una charla parecida con Jessica. A veces le daba la impresión de estar en una especie de bucle más propio de una novela barata de ciencia ficción que de su vida real, con un trabajo real, una casa real y gente real a su alrededor.

La investigadora privada esperó a que su tío acabase de salir de su casa y, a la vez, lugar de trabajo, para terminar con el interior de la petaca. Luego, se encendió otro cigarrillo, echó una breve cabezada y se dirigió a la cocina, a través de una puerta situada a la izquierda del

despacho que conectaba con la otra parte del apartamento, la zona que usaba para vivir. Al abrir el frigorífico y comprobar que apenas tenía comida, supo que tendría que ir a comprar, aunque no tuviese ninguna gana; de paso, podría pasarse para cobrar el trabajo realizado a Caroline Mildren.

En lugar de tomar algo para llenar el estómago, se dio una ducha bien fría. Al vestirse y mirarse al espejo, recordó a su padre, el Kramer que levantó aquella agencia de investigación privada. Pensar en él la empujó a rellenar la petaca. No dudó en ponerle más *bourbon* tras vaciarla nuevamente.

Necesitaría algo de alcohol para el camino. No iba a aguantar sobria a la señora Mildren.

3

Una elegante campanilla sonó cuando se abrió la puerta del distinguido restaurante. El olor a carne asada acarició las fosas nasales del recién llegado, que inspeccionó el interior del local en cuanto hubo dado dos pasos hacia el frente.

Sólo dos mesas se hallaban ocupadas. Una de ellas por un par de jóvenes, un chico y una chica, que hablaban muy animadamente frente a dos vasos de vino que apenas habían probado. Desde donde estaba vio la etiqueta de la botella que indicaba, claramente, que no era vino con alcohol, sino alguna clase de sucedáneo para evitar las represalias de las autoridades por la temida ley seca que recorría las calles de Chicago.

El ocupante de la otra mesa era un hombre que vestía un mono de trabajo. No prestaba atención más que al humeante plato de canelones que tenía frente a él. El recién llegado recordó que era el plato estrella del restaurante, en realidad, los mejores canelones de toda Chicago, según se decía. Era curioso, porque era un local de carnes a la brasa y no especializado en pasta y, sin embargo, no había restaurante italiano

que siquiera igualase aquel plato.

Mientras se acercaba a la barra, el extraño pensó que, algún día, tendría que poner a prueba la fama del sitio.

No tuvo que esperar demasiado para ser atendido. Un hombre con un gran bigote que le escondía parte de la cara y un delantal de cuadros rojos y blancos, que le tapaba parte de su prominente barriga, apareció al mismo tiempo que se palmeaba las manos, como si se intentara quitar las manchas a golpes.

—Disculpe por la tardanza.

—No se preocupe, acabo de llegar —afirmó el desconocido—. ¿Es usted Alfredo?

—Ese mismo. Y este es mi local, ¿en qué puedo servirle? ¿Puedo acompañarle a una mesa? Como ve —señaló a su alrededor—, hay bastante sitio. Acaba de pasar la hora del almuerzo, pero aún puedo prepararle algo. Todavía no hemos cerrado la cocina.

—Me alegro. ¿Cuántos trabajan aquí?

—Ahora mismo hay dos cocineros y yo. Como le decía, ya casi hemos terminado de servir comidas. Hasta hace media hora éramos más.

Alfredo no sabía qué hacía dándole tales explicaciones a un extraño al que nunca había visto por su establecimiento, pero no solía juzgar mal a las personas, ¿o la razón era otra? No le daba buena espina aquel tipo, y no era por su actitud, bastante correcta y educada por el momento.

¿Era su larga y amplia gabardina negra que le ocultaba casi todo el cuerpo? ¿O su sombrero, cuya sombra le tapaba gran parte de la cara? ¿O aquellos ojos azules, fríos y profundos que parecían escrutarle como un depredador a su presa?

Tampoco le gustaban sus pómulos, demasiado prominentes y huesudos. Al observarle bien, creyó que la ropa le flotaba alrededor de su delgado cuerpo. Un esqueleto con dos perlas azules cuyo brillo le inspeccionaba, en eso se convirtió en unos instantes.

Alfredo no juzgaba a las personas nada más verlas, pero era difícil ignorar el aura de amenaza que emanaba aquella aparición viviente.

—En realidad, no he venido a comer, sino a comprar algo —explicó el extraño. Su voz era un susurro amable y relajante que bajó las defensas del dueño del local.

—Usted dirá.

—Me llamo Roland, y me gustaría comprar... —Miró a un lado y a otro, cerciorándose de que ni la pareja ni el trabajador que devoraba los canelones les observaban—. Querría comprar una botella de vino.

Las defensas de Alfredo volvieron a levantarse.

—Verá, no es para mí, es para mi jefe. Es muy caprichoso, y me ha comentado que tienen aquí un vino delicioso. Es curioso, porque normalmente la gente piensa de él que no bebe... vino. Pero sí lo hace, ¡mucho más de lo que parece!

—Lo siento, pero no vendemos alcohol. —Alfredo juntó las manos como si las tuviera esposadas—. Ya sabe. Podría acabar en la cárcel.

Roland sonrió de una manera que provocó escalofríos en el hombre.

—Lo entiendo, pero me han comentado que usted vende vino. Ya me entiende. —Guiñó uno de sus ojos, tapando por un segundo una de aquellas inquietantes perlas azules.

—Señor, no sé de qué está hablando...

—Mark Grasvich, el que trabaja en la tienda de comestibles de Lana Schneider, un par de manzanas más abajo.

—No conozco a ningún Mark —afirmó Alfredo sin titubear.

—Vamos, claro que lo conoce. Él me dijo que le conocía, y que suele venderle alcohol...

—Disculpe, señor, tengo que pedirle que se vaya.

Roland se inclinó hacia atrás como si le hubiese escupido en plena cara.

—No, disculpe usted, pero mi jefe está seguro de lo que tiene usted ahí escondido, ¿quizás en el sótano? —El extraño hombre se echó hacia delante, intentando ver por encima de la barra—. ¿Hay alguna

trampilla ahí?

—Creo que se equivoca. Somos un local honrado.

El esqueleto viviente llamado Roland se echó a reír. Las carcajadas que salieron de su garganta ya no sonaban amables, simpáticas ni mucho menos relajantes. Eran agresivas, insultantes y desagradables, como si hubiesen cambiado su razón de ser, su origen, incluso la personalidad de su dueño.

—Mi jefe me comentó que estamos en un establecimiento tan honrado que no quiso negociar con él, porque ya trabaja usted para Dolan Hass, hombre de Capone.

Antes de que Alfredo pudiera responder, Roland abrió su gabardina, sacó un revólver y lo disparó apuntando a su cara. Medio rostro del hombre que decía no vender vino, pero sí que lo vendía, desapareció en una nube de sangre, carne y dientes rotos. Roland no se dio la vuelta mientras los pocos clientes del local huyeron; aunque apenas podrían reconocerle debido a la ropa que llevaba, tampoco es que le importase demasiado. La razón de no volverse era mucho más simple.

No quería perderse los últimos estertores de Alfredo.

Una vez el hombre hubo muerto, el pistolero se metió en la cocina. Un par de estruendos se escucharon desde fuera. No tardó en volver a la zona de las mesas, donde dio varias vueltas hasta que se situó tras la barra. En unos pocos segundos descubrió una trampilla oculta donde la policía encontraría el alcohol ilegal con el que traficaba el presuntamente honrado Alfredo.

Una vez hecho su trabajo, Roland desapareció como una sombra. Tal y como había llegado.

4

—¿Qué tal, Raro Sam?

Samuel Parker dejó de teclear en la maquina de escribir. Se giró, aunque sabía que se encontraría a Barry Chett y a Lein Burton, dos

de sus compañeros en el World Chicago, el quinto periódico de la ciudad. En realidad, Samuel los consideraba tan compañeros como la carroña a un par de buitres.

Lo peor era que él se sentía como la carroña la mayoría de las veces.

—¿Cómo te ha ido en ese pueblo de mala muerte? —quiso saber Chett fingiendo interés—. Un pueblo fantasma, ¿verdad? Crouch End. Terrorífico, sí señor.

—Envidio tus encargos, Raro Sam —afirmó Burton.

El periodista Samuel Parker se echó el pelo negro hacia atrás con las manos, al mismo tiempo que suspiraba con descaro. Había aguantado demasiado a aquellos imbéciles desde que aterrizó en el World Chicago dos meses antes, y el viaje al perdido pueblo de Crouch End acabó siendo lo suficientemente irritante como para decidir que no iba a soportar más tonterías en un trabajo que no le llenaba. Y mucho menos si iba a pasar en aquel infierno antitalento el resto de su vida.

—Ya os dije que no me llamarais Raro Sam —replicó.

—Bueno, te encargas de la sección de cosas raras, ¿no? —insistió Chett.

—Sí. Alguien tiene que salir de esta inmundicia de ciudad para hacer periodismo de verdad. Y, claro, no ibais a ser ninguno de vosotros. Dudo incluso que podáis salir a buscar una noticia al burdel de la esquina.

Los dos periodistas se miraron entre sí.

—¿Disculpa? —El gesto que esgrimió Burton al realizar la pregunta casi provocó un ataque de risa en Parker, que supo contenerse a tiempo.

—Ya me has oído. Si queréis una lección de periodismo, aquí estoy, si no, podéis volver a vuestros artículos de mierda donde lo más arriesgado es que un vagabundo no os escupa mientras habla de lo poco que ha comido ese día.

Nuevos gestos de sorpresa por parte de los dos hombres. Samuel comenzó a sentir una pizca de piedad por ambos idiotas; por fortuna, se le pasó rápido.

—Si vuestros artículos tienen la misma sustancia que la verborrea que usáis, no me extraña que el World Chicago se venda tan mal. Pero tranquilos, que he llegado yo para salvaros a todos. Si tengo que hacerlo mediante investigaciones sobre pueblos fantasmas y sucesos sobrenaturales, comenzaría a buscar trabajo en alguna panadería, pero, mejor no; no quiero que molestéis a la gente honrada. Quedaos conmigo.

—No puedes hablarnos así —protestó Chett.

—Os hablo como me dé la gana. Idos a joder a otro con lo de Raro Sam, lumbreras.

Barry abrió la boca para continuar, pero Lein le detuvo. Ambos se marcharon por donde habían llegado, ante la atenta mirada de Samuel Parker, quien no se sentía especialmente orgulloso por lo que acababa de ocurrir. No era muy dado a actuar de aquella forma, pero los poco más de sesenta días que llevaba allí no habían sido muy agradables, y ya tenía suficiente torturándose con todo lo que le había hecho terminar en un periódico como aquel como para aguantar a cantamañanas como Chett y Burton.

Observó las oficinas. Podía contar el número de personas que trabajaban en la redacción del World Chicago desde donde estaba. Eran tan pocas que podía escucharse un perfecto silencio de cuando en cuando, entre las escasas charlas entre los trabajadores y el sonido de los dedos aporreando las duras teclas de las máquinas de escribir. Los ventiladores de techo eran viejos, sucios y algunos funcionaban mal. Un par de cafeteras vacías ya esperaban ser rellenadas con algo parecido a café en una de las mesas cercanas al único despacho que había en las dependencias.

Cuando se levantaba para estirar un poco las piernas por la redacción, los días en los que no podía dejar de escribir, solía notar cómo los zapatos se le pegaban a algunas partes del suelo, casi siempre con la suficiente mala pinta como para ansiar coger una fregona y darle un buen repaso. Por fortuna, la mayoría de los compañeros, los que no eran Chett y Burton, se dedicaban encomiablemente a su labor, quizás

de manera demasiado profesional; apenas se relacionaban unos con otros, llegando a trabajar a veces como esos robots con inteligencia propia protagonistas de los libros de ciencia ficción que leía Samuel.

Estaba más que claro que aquello no era el Daily Truth, uno de los periódicos más prestigiosos de la ciudad, aquel en el que Samuel Parker había alcanzado la gloria, la que le llevó a los brazos de su primer libro, el sueño que desde niño le despertaba por las mañanas. Pero, como Dios tiene al Diablo, los policías a los delincuentes, los perros a los gatos y las putas a las monjas, los sueños tienen a las pesadillas, y muy pronto llegaron las suyas.

Después, un largo calvario, el fracaso de su libro, su carrera, su reputación, e incluso su salud. Podía decir que el World Chicago le había salvado la vida. Ese periódico fue su barca de emergencia, y las noticias sobre fantasmas, muertos vivientes, asesinatos rituales y seres de otro mundo, el flotador necesario para no ahogarse.

Obligó a su mente a viajar por otro camino menos doloroso que le llevó a pensar en que la redacción del World Chicago compartía edificio con apartamentos de personas humildes. Esa misma mañana había subido en el ascensor con un pescadero que no olía precisamente a rosas. Se sintió tentado de trabajar en el sótano del bloque, donde descansaban las máquinas necesarias para convertir las ediciones del periódico en una realidad. Chismes tan viejos que hacían parecer nuevos a aquellos hipnóticos ventiladores cansados.

Los pensamientos de Samuel se alejaron cuando la puerta del despacho del director jefe del World Chicago se abrió, dejando paso a un nervioso Logan Irwin. Agitaba un par de documentos frente a sus agotados ojos escoltados por dos grandes ojeras. Se pasó una mano por su cabeza, donde el poco pelo canoso que quedaba se encontraba totalmente desordenado, como si un pequeño huracán hubiera pasado.

—¡Parker! ¡Parker! —Tosió un par de veces de manera escandalosa antes de detenerse junto al periodista—. ¿Has acabado ya con lo de Crouch End? ¡Con el especial! ¿Has acabado o no? ¡Habla, maldita

sea!

Samuel esperó a que tosiera nuevamente antes de señalar el montón de papeles que tenía en su mesa. En esos momentos recordó que el World Chicago incluso carecía de redactor jefe; tratar personalmente con el a veces iracundo y siempre atacado director jefe era otra de las «ventajas» de su nueva posición laboral.

—Está casi terminado, señor Irwin. Luego me pondré con el reportaje sobre los asesinatos del Abraham.

—¡No! ¡No! —aulló el director jefe. Nadie se giró ante su exagerada respuesta; ya estaban acostumbrados—. Mientras estabas de viaje, la policía ha cerrado el caso.

—Disculpe, ¿que ha cerrado el caso? ¿Tienen a un culpable?

—La mafia.

—Me refería a algún culpable más concreto.

—No, pero han dictaminado que fueron asesinatos de la mafia. Querían darles una lección a los de ese barco, el Abraham. Descubrieron varias cajas repletas de botellas de alcohol, todo ilegal, por supuesto. —Irwin se encogió de hombros—. Luchas de bandas, como siempre.

—Es extraño —murmuró Samuel—. No recuerdo el alcohol cuando visité el barco. Y tampoco me parecieron crímenes muy normales, ¿no fue por eso por lo que me asignó la noticia? Era perfecta para mi sección, y yo estuve de acuerdo.

Logan Irwin encogió la cara en un gesto que al periodista le resultó tan cómico como raro. No supo decidir si se encontraba disgustado, confundido o gratamente sorprendido por su insistencia ante un caso aparentemente cerrado.

—Parker, vino un agente del FBI a nuestra redacción a comunicarme lo que te estoy diciendo. ¡El jodido FBI!

—De acuerdo, pero me gustaría tener unas cuantas respuestas. ¿Cómo dictaminó el FBI que se trataba de un crimen de mafias? Me parecieron asesinatos rituales. Había dos clases de cuerpos: los que estaban totalmente despedazados, como si hubieran sido atacados por

un animal, y los otros, los que se encontraban totalmente desangrados por medio de heridas en la garganta.

El director se mantuvo en silencio, como si esperase que dijera algo más. Al ver que su empleado esperaba lo mismo que él, habló:

—¿Y?

—¿No le parece raro para unos gánsteres?

—Usaron animales. Perros adiestrados, según me comentó el agente.

—¿Cómo se llama el agente que vino? —preguntó Samuel. A cada nuevo descubrimiento sobre aquella investigación que le había llevado mucho tiempo y esfuerzo, le llegaban más cuestiones que no cuadraban con lo que sabía.

—¿Tengo pinta de secretaria, Parker?

—Supongo que no —musitó el periodista—. Pero me sigue pareciendo extraño.

—Tomo nota. El artículo pasó de tu sección, *Asuntos extraños*, a la de crímenes de Donaldson, completada por Millar, encargado del seguimiento de las bandas mafiosas de la ciudad. No es cosa tuya, así que acaba con lo de Crouch End y ven a mi despacho para algo nuevo. Te va a gustar.

—¿Puedo saber qué es?

—Esta mañana han aparecido dos cadáveres en un edificio que suelen usar matones y ladrones de baja estofa en la zona sur de la ciudad, cerca de los barrios marginales —explicó el director jefe—. ¿Quieres saber qué es lo que tienen de especial para que te esté hablando de ellos?

Samuel no contestó. Pensaba que se trataba de una pregunta retórica, pero cuando comprobó que Irwin esperaba su respuesta con una extraña sonrisa torcida en los labios, se decidió, aunque seguía pensando en el caso del Abraham.

—¿Qué tienen de especial?

—Han sido desollados. —El director jefe se pasó una de las manos por el cuerpo, haciendo como que se arrancaba la piel—. Al menos

uno de ellos. No tenía ni un centímetro de piel en el cuerpo. Todos los músculos al aire, y rodeado de sangre, así se lo han encontrado.

—¿Y el otro cuerpo?

—Destripado. Y sin la mandíbula inferior. No se ha encontrado todavía. Yo creo que puede ser un caso para tu sección, ¿qué me dices?

—Me lo quedo —aceptó Samuel totalmente convencido.

—Pásate por mi despacho cuando acabes eso —repitió Irwin— y luego ven a verme. Te daré la información necesaria, te diré con quién tienes que hablar y, mañana a primera hora, te quiero ver en el depósito de la policía para entrevistar a los muertos.

Samuel Parker asintió, algo asqueado ante las desagradables carcajadas de su jefe, que se confundieron con un nuevo ataque de tos justo cuando regresó a su despacho. El periodista se quedó en su sitio sin mover un músculo. Lo del cadáver sin piel le había llamado lo suficiente la atención como para olvidar momentáneamente el caso del Abraham, aunque no del todo.

«Paso a paso», se dijo Samuel.

Y tenía que terminar un reportaje. O lo hacía antes de volver a casa, para lo que no faltaban demasiadas horas, o se veía a la mañana siguiente, mientras aún reinaba la oscuridad, aterrizando en el diario.

No es que le hubiera importado levantarse temprano, o ni siquiera dormir, pero la curiosidad sobre aquellos asesinatos iba aumentando a cada minuto que pasaba. Parecía otro crimen ritual; él los conocía bien. Con su suerte, podría acabar siendo otro asunto de la mafia.

«Porque, por supuesto, la mafia se dedica a desangrar a la gente y a robarles la piel», pensó con ingentes dosis de sarcasmo.

Se volvió hacia la mesa y prosiguió con su trabajo.

Paso a paso. Iría paso a paso.

5

Hacia un par de horas que había caído la noche sobre Chicago cuando

Max Cave entró en el lujoso hotel Hammer situado en la zona de Lincoln Park. El edificio era una oda a la opulencia, al lujo y a un modo de vida que sólo un porcentaje muy reducido de los habitantes de la ciudad podía siquiera oler. No era difícil ver entrar y salir regularmente a abogados, políticos, jueces, importantes cargos del ayuntamiento y altos funcionarios de la ley.

Y, por supuesto, a delincuentes. No aquellos que solían atracar a humildes trabajadores en callejones oscuros, o los que robaban la recaudación diaria de las tiendas de comestibles que apenas podían ya sobrevivir. Los criminales que disfrutaban de las comodidades del Hammer iban bien trajeados, armados hasta los dientes y saludaban con reptilianas sonrisas a todos los demás huéspedes del hotel. Les encantaba presumir, mostrar que se les veía en lugares como aquel, en circunstancias similares a quienes los ciudadanos de Chicago consideraban personas honestas. Se sentían humanos convertidos en dioses, y por eso esgrimían sus blancos dientes en gestos de felicidad fingida; por eso saludaban, para que todos les viesen.

Para recibir el saludo de regreso delante de todos.

Max Cave no encontró a nadie de importancia al entrar en el fastuoso *ball* del hotel. A su lado, Marta Goodwin no podía dejar de observar su elegante vestido de lentejuelas, regalado por el delincuente dos horas antes.

—Vamos, nena —dijo Max mientras se ajustaba la corbata del traje hecho a medida. La mujer intentó darse prisa, pero no estaba acostumbrada a caminar con tacones tan altos como los que llevaba.

—Nunca había estado aquí —murmuró Marta con una inocente sonrisa. Las luces de las infinitas lámparas de araña brillaron en su pelo rubio. Se sintió como una princesa en un lujoso castillo; durante un instante volvió a su infancia, en la que su querido padre le narraba cuentos sobre príncipes azules, dragones temibles y damiselas en apuros que eran rescatadas por el amor de su vida.

—¿Qué te he dicho? —gruñó Max.

El ogro del que estaba enamorada la sacó de sus fantasías. Obedeció y le siguió hasta el mostrador. Durante unos segundos tuvo miedo de perderse en aquel mundo suave y luminoso, repleto de alfombras caras, sillones de lujo y botones que esperaban impaciente una orden de los clientes.

— Buenas noches, señor Cave — saludó el recepcionista, un chico joven con una sonrisa que parecía terminar y empezar en su nuca.

— Buenas noches, ¿han llegado ya mis compañeros?

— ¿Los señores que me dijo vendrían pidiendo las llaves de su habitación? — Esperó a que el criminal respondiera con un asentimiento de cabeza—. Sí. Llevan un buen rato ahí arriba.

— ¿Hay alguien más en la planta?

— Nadie. La noche está bastante tranquila.

— Perfecto. Gracias. — Antes de marcharse, le dio una propina lo suficientemente buena como para que sonriera más ampliamente aún, si es que eso era posible. Marta dejó escapar una risita al observar el gesto.

La atractiva pareja no tardó en alcanzar el ascensor, al que subieron con un botones que les abrió la puerta. El empleado era de mediana edad, el pelo blanco que le cubría la cabeza estaba perfectamente peinado y su rostro transmitía serenidad y cortesía. A la chica le cayó bien aunque no cruzaron una palabra. Max, en cambio, tras indicarle el piso al que iban, pensó que tenía suerte de dedicarse a su trabajo; así, no acabaría como aquel vejstorio.

En cuanto llegaron, el botones les abrió la puerta con su característica diligencia. Marta se detuvo antes de salir del ascensor para darle las gracias, a lo que el hombre respondió inclinándose amistosamente.

— Nena, llegamos tarde — insistió Max desde el pasillo.

La joven volvió a obedecer, como acostumbraba hacer con el delincuente, no porque le pegase, la amenazara o no tuviera a nadie mejor, sino porque le quería. Sabía que para él, ella no era más que otro trofeo pero, según le había oído decir a sus compañeros, cuando

Max no estaba cerca, era la chica con la que más tiempo había estado nunca. Eso le daba esperanzas, todo lo que necesitaba para continuar a su lado, por deplorable que fuese su trabajo.

— ¡Eh!

El criminal encaminó sus rápidos pasos hacia una figura que estaba parada en la otra punta del pasillo. Marta le siguió hasta que alcanzó a distinguir al desconocido que tenía frente a ellos. Era un hombre elegante, trajeado de negro, con una gabardina del mismo color que se asemejaba a una especie de larga capa. El sombrero que tenía calado hasta las cejas apenas dejaba ver su rostro.

Marta percibió algo en él que no le gustó nada.

— ¡Eh, amigo! — gruñó Max—. Este piso del hotel es para uso privado.

— Disculpe, soy nuevo aquí y creo que me he perdido. Estoy en la última planta, ¿cierto?

— Así es — contestó el criminal sin un atisbo de comprensión.

— Me lo temía. Bajaré y buscaré el piso de mi habitación. — El extraño reparó de repente en Marta, que se echó hacia atrás por instinto. Durante un segundo creyó ver que el hombre sonreía, y que sus dientes... sus dientes... no eran normales—. Hermosa dama, si me permite decirlo.

— Ya lo ha hecho. Lárguese — escupió Max.

— Ha sido un placer, querida.

El desconocido se inclinó al mismo tiempo que se quitaba el sombrero, mostrando su cara, tan normal como cabría esperarse. Al verle, la joven sintió una inexplicable oleada de calor en el cuerpo que sólo percibía cuando Max la besaba, la abrazaba o le hacía el amor. En ese momento, deseó a aquel hombre; quiso acariciar su pelo oscuro, pasar sus dedos por su atractivo rostro, oler su cuello, saborear sus labios y desprenderle de la ropa que llevaba.

El intenso ardor dejó paso al miedo cuando Marta contempló los ojos de su objeto de excitación: eran de un rojo brillante.

En un suspiro, el hombre extraño desapareció de la vista de la pareja. Al girarse Max hacia su chica, vio que estaba temblando.

—¿Qué te ocurre? —Miró hacia el lugar por el que el individuo se acababa de ir—. ¿Tenías miedo? A mi lado no debes tener miedo de nada, muñeca.

Marta abrazó a Max. No se soltó de él hasta que no se hubo tranquilizado, a pesar de que el criminal intentó deshacerse de su cariñosa presa varias veces. En cuanto pudo liberarse se aproximó a la puerta de su habitación y la abrió.

—¡Buenas noches, chicos! —saludó Max mientras cerraba la puerta. Señaló el sofá más grande del salón, un auténtico monstruo de la comodidad—. Estás en casa, nena. ¿Crees que tus amigas tardarán mucho en llegar?

—¿Amigas? ¿He oído bien?

De una segunda habitación surgió un hombre tan corpulento que podría haberse medido con un oso en igualdad de condiciones. Llevaba una espesa barba e iba ataviado sólo con una camisa y unos pantalones sujetos mediante tirantes.

—¡Bradley! ¿Habéis empezado ya la partida? —quiso saber Max.

—Hace rato. Estoy dejando sin pasta a Lenny. —Ambos hombres se abrazaron. El recién llegado echó un vistazo a Marta, quien levantó levemente una mano a modo de saludo—. ¡Hola, Marta! Esta noche estás más resplandeciente que nunca.

—Muchas gracias —musitó la joven notando cómo se le encendían las mejillas.

—¿Qué es eso de las amigas? —Bradley volvió su atención a su compañero.

—Mientras cenábamos, le he propuesto que llame a unas amigas para divertirnos esta noche. En cuanto han sabido dónde estamos, no han podido resistirse. Prometieron arreglarse y venir al estar listas. —Max se quitó la chaqueta. La pistolera en la que guardaba su arma se descubrió—. Me apetece echar unas buenas partidas de póker, pero

creo que una fiesta privada no nos viene mal de cuando en cuando.

—¡Aplaudo eso, amigo! —Bradley regresó a la estancia de la que había salido. No tardó mucho en volver con tres hombres más, todos con atuendos similares. Sólo se diferenciaban de Max en que no llevaban puestas las cartucheras—. ¡Dadle las gracias a nuestro recién llegado! ¡Ya lo habéis oído, tendremos compañía!

Los mafiosos se saludaron mientras Marta contemplaba la escena. Ver tan contento a Max la hizo feliz. Y tenía ganas de estar con sus amigas; en las últimas semanas las había visto poco, y llevarlas al nuevo mundo en el que vivía le hacía ilusión. Aunque sabía que ellas eran las primeras en querer disfrutar de los lujos, la protección de aquellos hombres y los aires de grandeza de acompañarles a todas partes.

—Bueno, antes de que lleguen las señoritas —Max agarró una botella de champán que uno de sus compañeros había conseguido por parte del hotel a cambio de una gran dosis de dinero—, me gustaría brindar por esta noche, por todos nosotros, por las chicas, por el dinero, por Chicago, por la bendita ley seca que ha logrado que nademos en la abundancia y, sobre todo, por Joseph Roderick, el mejor de los jefes, uno de los pocos hombres que no tiene que darle explicaciones a Capone, ese bastardo cara cortada.

Max se giró hacia Marta y le tendió una copa. La chica se levantó del sofá y la aceptó con gusto, ¿cómo no hacerlo? Su príncipe le ofrecía una bebida en la que las burbujas bailaban como si compartiesen su entusiasmo.

—¡Salud! —exclamaron los criminales al mismo tiempo.

Todos bebieron.

Y llegó la oscuridad.

Las luces se apagaron de repente, rodeando a todos los presentes de densas sombras. El leve chillido de sorpresa de la chica se oyó antes de que los hombres pudieran quejarse mediante palabrotas e insultos dirigidos al funcionamiento del hotel.

—¿Alguno ve algo? —preguntó Bradley.

—¿Qué mierda quieres que veamos? —gruñó Wesley, matón a sueldo experto en romper piernas y cráneos para obligar a personas inocentes a pasarle dinero mensualmente a su jefe. En las tinieblas no parecía tan peligroso como a la luz del día y armado con una barra de hierro.

—Saldré al pasillo —se ofreció John Palance, conductor experto en fugas—. ¿Tenemos una linterna por aquí?

—Voy, creo que aquí hay algo —dijo Bradley. Escucharon como se tropezaba con varios muebles hasta abrir un cajón. Luego, encendió el aparato, iluminando los rostros de sus compañeros para, a continuación, dirigir la luz hacia Marta, quien se abrazaba a sí misma con expresión asustada—. ¿Estás bien?

La chica asintió. Palance trató de arrebatarle la linterna a Bradley, pero éste se opuso. Abrió la puerta de la habitación sin dudarle, dejando ver el oscuro pasillo, que lucía un aspecto siniestro con la roja alfombra que envolvía el suelo. Al criminal le dio la impresión de que estaba repleto de sangre, de principio a fin.

—No hay luz tampoco aquí fuera —descubrió Bradley—. Se habrá ido en todo el hotel.

Jimmy Corrigan, experto tirador y compañero de Palance durante las huidas, giró la cabeza hacia el balcón cerrado de la estancia. Algo se encendió en su mente, algo más allá de las armas, el dinero y la violencia. Algo que debía comprobar.

Mientras Bradley continuaba iluminando el pasillo, intentando ver si algún botones del Hammer llegaba para darles explicaciones, Corrigan se abrió paso hacia la terraza, donde la fresca brisa nocturna de Chicago le besó las mejillas. Se asomó por el borde, no sin mucho cuidado, y miró hacia abajo.

—¡Chicos! —gritó, llamando la atención de sus socios—. ¡No es cosa del hotel! —Sus ojos contemplaban las luces que salían de las habitaciones inferiores—. ¡Es sólo cosa nuestra!

Antes de que los mafiosos pudieran buscar sus armas, antes incluso

de que Corrigan lograra incorporarse, desapareció, arrastrado hacia las tinieblas. Los demás hombres se convirtieron en estatuas de piedra al ver que su amigo acababa de desvanecerse en el aire. No, en realidad, parecía haberse caído por el balcón.

— ¡Ilumíname, Bradley! — rugió Max, a la vez que sacaba la pistola de su hogar de cuero y se dirigía a la terraza. Buscó a Corrigan por todas partes, como si le hubiesen salido alas y le estuviera esperando unos metros más abajo, listo para gritarle que todo era una broma, pero no tuvo esa suerte.

Nada fue todo lo que encontró.

— Ha desaparecido — masculló. Todos pudieron ver la máscara de horror en su rostro gracias a la luz de la linterna, que le enfocaba directamente.

— Esto no tiene buena pinta — afirmó Bradley.

— Huele a emboscada — añadió Palance.

— En la oscuridad somos presa fácil. — Bradley estiró la mano que tenía libre a Max—. Pásame tu pistola. Iré en cabeza y bajaremos todos. Si nos quedamos aquí nos pasará lo mismo que a Jimmy.

— ¡¿Y qué cojones le ha pasado a Jimmy?! — aulló Max.

Se giraron al escuchar unos suaves lamentos. La linterna apuntó al sofá, donde seguía la joven Marta, que se tapaba la boca en un vano intento por evitar echarse a llorar por lo que estaba pasando. Su cuerpo estaba a un paso de entrar en una zona donde el pánico y el terror lo dominaban todo, y su particular príncipe no parecía estar dispuesto a evitarlo.

— A mí me parece buena idea — declaró Wesley.

— Pues allá voy. — Bradley agarró la pistola de Max y se dirigió al pasillo.

En cuanto tuvo los dos pies encima de la alfombra roja, las sombras se lo tragaron tan rápidamente como habían hecho con Corrigan. La linterna y la pistola cayeron al suelo como si nunca las hubiese sujetado nadie, ante los ojos aterrorizados de los demás criminales. Palance fue

el más rápido y el más valiente de todos; se agachó y tomó el arma y la linterna.

Un extraño sonido le congeló. Un ruido que provenía del otro lado del corredor.

Una serie de crujidos, como si alguien estuviera rompiendo huesos con sus propias manos.

Algo saltó de entre las sombras y chocó contra el pecho de Palance, haciendo que disparase en todas las direcciones al mismo tiempo que gritaba como una niña pequeña. Notó algo cálido en la cara. Automáticamente iluminó lo que le había golpeado; los gritos regresaron.

Era la mano izquierda de Bradley.

El mafioso regresó a la habitación y cerró la puerta al instante. Apuntó la pistola al frente, mientras, tras él Max y Wesley observaban, asustados, a su compañero. Por primera vez en mucho tiempo estaban sintiendo algo que creían olvidado: miedo, su versión más pura.

—¿Qué era eso?! —chilló Max.

—¡Era una mano! ¡Era una mano! —cacareó Wesley.

—¡Callaos! —rugió Palance.

Obedecieron. Salvo los gemidos de Marta, no se oía nada.

Y, entonces, escucharon los pasos. Lentos y firmes, se detuvieron frente a la puerta. Luego, Palance sintió que se le paraba el corazón, Wesley notó algo húmedo en su entrepierna y Max deseó saltar por la ventana cuando escucharon una siniestra risa que provenía del pasillo.

El dedo de John Palance acarició el gatillo. Wesley, a su lado, deseó con todas sus fuerzas que disparase de una vez para poner fin a aquella pesadilla. La puerta se abrió de repente y las tinieblas reclamaron para sí a los dos criminales. No se oyeron gritos, ni súplicas, ni aullidos de dolor.

Silencio, eso fue todo lo que quedó.

La luz de la luna, testigo del terrible espectáculo, iluminó la pistola caída. Max logró verla y se lanzó a por ella. En cuanto la tuvo entre sus manos se sintió más seguro, a pesar de que el arma no les había

servido a sus compañeros. No le importaba, ese instante de confianza fue todo lo que necesitó para volverse a sentir como un hombre.

Duró poco. El tiempo suficiente para echar la cabeza atrás y observar a Marta, que señalaba hacia la puerta abierta. Allí, de pie, Max vio una figura vestida de oscuridad y teñida de negrura. Todo en él era noche, hasta que sus ojos se encendieron, dos ardientes teas cuyo brillo le robó el libre albedrío.

Una voz siniestra y profunda, pero al mismo tiempo, tranquilizadora y seductora empezó a hablarle a la mente de Max. Las manos del mafioso se movieron, giraron la pistola hacia él y comenzaron a alzarla ante sus atónitos ojos, que no podían creer lo que estaba pasando. Él ya no era dueño de su propio cuerpo, pero, al mismo tiempo, seguía estando consciente para observar lo que ocurría.

Se metió la pistola en la boca. Las lágrimas no tardaron en aparecer. Apretó el gatillo.

Gran parte de la cabeza de Max Cave voló por los aires en un estruendo. En cuanto el cuerpo destrozado y sin vida del criminal cayó al suelo, Marta se puso en movimiento como si el miedo hubiera dejado de poseerla. Pero al dirigirse a la terraza, frente a ella, ya estaba allí, en un parpadeo.

Era el desconocido del pasillo.

—Tranquila, bella dama —susurró el hombre—. Ya estás a salvo. A mi lado no debes tener miedo de nada.

La joven se vio absorbida por la mirada de aquel espectro. Le creyó como si le conociera de siempre. No sentía ni terror, ni pánico, ni pena por la muerte de Max; sólo sentía amor, atracción y deseo por aquel extraño. Porque él era a quien llevaba buscando toda su vida. Él era su príncipe.

—Te llevaré a mi castillo, y seremos felices para siempre —prometió.

Marta asintió. Se dejó envolver por la oscuridad mientras sonreía.

Entonces, el asesino de Max y sus socios echó la cabeza hacia atrás y, durante un breve instante, la joven pudo ver su auténtico rostro, su

verdadero ser. Y, aunque algo dentro de ella chilló de horror, su boca no logró articular palabra.

Cuando sintió los dos colmillos en el cuello no le importó. Al fin era feliz.

Así murió Marta Goodwin. Siendo feliz.